

DISCURSO

**PRONUNCIADO POR EL MIEMBRO Y SECRETARIO GENERAL
DE LA COMISIÓN NACIONAL DEL SESQUICENTENARIO DE LA**

INDEPENDENCIA DEL PERÚ

DR. GUSTAVO PONS PUZZO

EN LA CIUDAD DE TACNA

EL 20 DE JUNIO DE 1972

AL CELEBRARSE EL 161° ANIVERSARIO DEL PRIMER GRITO

DE LIBERTAD EN EL PERÚ Y CON MOTIVO DE LA

INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO QUE:

A NOMBRE DE LA NACIÓN

**MANDO ERIGIR LA COMISION NACIONAL DEL
SESQUICENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA DEL PERÚ**

AL PRÓCER

DON FRANCISCO ANTONIO DE ZELA

EN LA PLAZA ZELA DE LA CIUDAD HEROICA

LIMA – 1972

Este texto se reedita en honor y recuerdo cariñoso al maestro e historiador Doctor Gustavo Pons Muzzo, mi padre. María Elsa Pons Muzzo Díaz.

(Sin fines comerciales)

Señor Prefecto del Departamento
Señor Alcalde la Ciudad
Señor Presidente de la Corte Superior
Señor General Comandante General de la Región
Ilmo. Monseñor Obispo de la Diócesis
Señor Rector de la Universidad de Tacna
Señorita Directora de la Casa de la Cultura
Señorita Directora de la GUE "Francisco Antonio de Zela"
Señores Cónsules
Señoras y señores:

La Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, me ha conferido el honor y también la gran satisfacción de traer su palabra a esta solemne ceremonia en que la nación rinde justiciero homenaje al prócer don Francisco Antonio de Zela, con ocasión de la celebración del Sesquicentenario del Independencia Nacional y de cumplirse el 161° Aniversario de su gesto rebelde. En el programa de celebraciones elaborado por la Comisión Nacional en 1970, estaba el de rendir homenaje a quien tuvo el gallardo gesto de pronunciar el primer grito de libertad en Tacna el 20 de julio de 1811. Para cumplir este propósito, la Comisión Nacional del Sesquicentenario encomendó al que habla y al Presidente de la Comisión de Monumentos y Actuaciones Públicas y Delegado de la Fuerza Armada ante la Comisión Nacional, General Luis Vignes Rodríguez, acordar con el Comité Departamental de Tacna la mejor forma de rendir este homenaje. De las conversaciones tenidas aquí con los miembros del Comité Departamento se decidió erigir en la Plaza Zela de la ciudad un monumento escultórico que fuera de digno reconocimiento de la nación, al prócer don Francisco de Zela. Este acuerdo fue aprobado por la Comisión Nacional, bajo la competente presidencia del General Juan Mendoza, mereciendo destacarse el decidido apoyo brindado por el doctor Alberto Tauro del Pino, Delegado de las Universidades Nacionales ante la Comisión Nacional y secundado por el Club Departamental Tacna que preside en Lima el Coronel don Jorge Vaccaro Sánchez, encomendándose a uno de los mejores escultores nacionales el señor Joaquín Ugarte y Ugarte plasmar en el bronce la egregia personalidad del gran prócer de la independencia nacional. Es por eso para mí

y para el General Luis Vignes Rodríguez, el decir al pueblo de Tacna con patriótica satisfacción que el compromiso contraído esta cumplido.

Cuando el Gobierno de la Fuerza Armada promulgó el Decreto-Ley 17815 y de acuerdo a sus disposiciones se constituyó la Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia, la línea histórica que trazamos estuvo destinada a exaltar y divulgar el aporte peruano a nuestra independencia, no sólo para demostrar que al Perú le correspondió en América, el liderazgo en la idea y en la acción con Juan Pablo Vizcardo y Guzmán y José Gabriel Túpac Amaru, sino que la llegada a nuestro suelo de los ejércitos que comandaron los libertadores San Martín y Bolívar, no se debió a que venían a “concedernos” la libertad, como inexplicablemente se sostiene por algunos, sino a colaborar con el pueblo peruano a obtenerla, ya que a la llegada de San Martín, estaba inequívocamente demostrado con 10 años de guerra en el continente, que si no se vencía el formidable poder realista que significaba el Virreynato del Perú, la independencia de los demás pueblos americanos peligraba. Queríamos en la Comisión Nacional, reaccionar contra una vieja interpretación extranjera de nuestra independencia que sostiene que el Perú la obtuvo porque se la dieron los ejércitos comandados por los libertadores José de San Martín y Simón Bolívar. Sin regatear en lo menor, la legítima gloria que les cabe a ambos libertadores y el reconocimiento que el Perú les debe a su obra, sobre todo a la de José de San Martín, debemos decir que tal interpretación de la historia de nuestra emancipación no sólo es anti peruana sino inexacta desde el punto de vista histórico. Es ignorar el esfuerzo de tantos peruanos que desde 1780, hasta la llegada de la Expedición Libertado a Paran en setiembre de 1880, se rebelaron contra el poder español, en demanda del derecho soberano del pueblo peruano, al gobierno propio y ser independientes. Estos próceres peruanos, pagaron con su vida sus patrióticos actos de rebeldía, muriendo en los campos de batalla, en los cadalsos o en las prisiones. Las derrotas sufridas no tenían otra explicación que el no poder llegar a contar con el poder material suficiente, para enfrentarse con buen éxito, al tremendo poder realista concentrado en el Virreynato del Perú, pero de ninguna manera se debieron estos fracasos a la falta de apoyo de apoyo y de voluntad libertaria del pueblo peruano. Esta ayuda material que faltaba, fue la que prestaron a la emancipación peruana los libertadores San Martín y Bolívar.

Desmintiendo pues, a quienes sostienen que la independencia nacional fue “concedida” y no obtenida, es que hoy nos reunimos en esta heroica ciudad de Tacna, para rendir homenaje a quien tuvo el altivo gesto de ser el peruano que el 20 de junio de 1811, secundado por un grupo decidido de tacneños de todas las clases sociales, dio aquí el primer grito por la independencia nacional. Y podemos decir con todo orgullo, que Tacna tiene un sitio de honor en la lucha del pueblo del Perú por su independencia y por su soberanía. Tierra de hombres libres, trabajadores y patriotas, no debe su prestigio por poseer títulos de nobleza colonial, hermosas casas solariegas ni iglesias monumentales. Su historia se blasona con los títulos que dan el trabajo creador y el patriotismo. Pueblo esencialmente de agricultores y de gentes dedicadas al comercio, no se ha dado en su suelo con los caracteres alarmantes de otros lugares del Perú, el fenómeno social de la explotación del hombre por el hombre, el trabajo de muchos en beneficio de unos pocos. En Tacna no ha existido el gran latifundio, sino que la tierra ha estado repartida en numerosos propietarios hasta llegar a casos extremos de minifundio en un exceso de libertad individual. “El latifundio -dice don Jorge Basadre- como la gran propiedad industrial, han resultado imposibles por todo ello: y los pequeños agricultores, dueños de lo suyo, han podido darse el lujo de tener, dentro de su pobreza, comodidades mínimas, saber leer y escribir, ser independientes y amar a la patria”. Este pueblo laborioso y patriota que en el Virreynato, además tuvo gran importancia en el comercio con el Alto Perú, hoy Bolivia, entra a la historia del Perú independiente por la puerta ancha del heroísmo, del patriotismo y del sacrificio, al darse en su suelo, los primeros momentos en que inicia la lucha por la independencia del Perú y en América, el primer grito de libertad y haber continuado en los años sucesivos prestando importantes servicios a la causa de la independencia nacional, como demostración inequívoca de su innata vocación peruanista. Si Tupac Amaru en el Cuzco en 1780, da la gran clarinada de la rebelión contra España, por un gobierno mejor y un trato más justo para los indios, don José Antonio de Zela y un importante grupo de patriotas tacneños realizan en esa ciudad en 1811, el primer pronunciamiento definido por la independencia del Perú. Es orgullo para Tacna que sus hijos, antes que ningún otro pueblo del Virreynato del Perú, dejaran oír inconfundiblemente su voz de ser peruanos y de querer ser libres.

El caudillo de la rebelión, don Francisco Antonio de Zela, bien sabemos no era oriundo de esta tierra sino limeño; pero lo consideramos como verdadero tacneño porque aquí pasó su juventud, aquí formó hogar casando con la respetable dama tacneña doña María Siles de Antequera Lazo de la Vega y tacneños fueron sus nueve hijos; pero sobre todo porque aquí en Tacna fue ganado a la causa de la Patria. La señora María Siles pertenecía a una distinguida familia tacneña que indudablemente con esa especial sensibilidad que ha dado muchas pruebas la mujer tacneña, de saber inculcar en sus hijos el amor a la patria y ser fiel colaboradora del esposo en sus luchas por este ideal supremo, supo secundar al prócer en sus ideales de independencia, sabiendo muy bien el grave riesgo que corría. Merecen recordarse en este momento a los colaboradores inmediatos de don Francisco Antonio de Zela, en la memorable noche del 20 de julio de 1811, así como en los días siguientes hasta el 23 : en primer lugar don José Rosa Ara, hijo del cacique y gobernador de naturales del valle de Tacna, don Toribio Ara, a Pedro José Gil de Herrera, Fulgencio Valdez, José Alberto Siles y Antequera, Juan Julio Rospigliosi, Fulgencio Ara, José Manuel Ara, Manuel Argandoña, Julián Gil, Francisco Marín, Manuel Choque, Manuel Silva, Marcelino Castro y el patriota cacique de Tarata Ramón Copaja.

No voy a tratar pormenores de la rebelión de Zela, de suyo sobradamente conocidos por todos los tacneños. Pero si deseo resaltar algunos hechos que dan a la rebelión de Tacna, verdadera dimensión nacional y continental. En primer lugar, deseo resaltar su vinculación con la revolución argentina. Está fuera de toda duda que el movimiento acaudillado por don Francisco Antonio de Zela, estuvo en vinculación estrecha con la revolución que estalló en Buenos Aires, el 25 de mayo de 1810. La documentación no es muy abundante, pero la existente es lo suficientemente clara para demostrar la efectiva y estrecha relación entre el movimiento de Tacna de 1811, con la primera expedición argentina al Alto Perú, al mando del doctor José Castelli y del General Balcarce. Por un lado, los manifiestos de Castelli y otros documentos fueron dirigidos a los patriotas del Bajo Perú, especialmente Arequipa y Tacna. El manifiesto que Castelli dirigió a los pueblos de Arequipa y Tacna desde la Paz el 13 de junio de 1811 llegó a manos de Zela y se sostiene que fue leído en la memorable noche del 20 de junio en la casa del prócer, ante los patriotas tacneños comprometidos

en la rebelión. Por otro lado, siendo la fecha del pronunciamiento la misma de la batalla de Huanqui, en la que los ejércitos argentinos fueron derrotados, no parecer ser un hecho casual sino el de una relación comprometida. Zela y los suyos se sublevaron en Tacna, a la espalda del ejército realista que mandaba el General Goyeneche, el mismo día en que Castelli esperaba tener un triunfo decisivo sobre esas fuerzas y entrar victorioso al Bajo Perú en dirección a Tacna. Desgraciadamente la suerte le fue adversa y no solo hizo fracasar el movimiento de Tacna, sino que los argentinos tuvieron que retirarse al Alto Perú. De aquí se deducen dos conclusiones importantes: es la primera, que la revolución argentina que recién nacía se fijó como meta de su triunfo definitivo, la derrota de las fuerzas realistas del Virreynato del Perú y su llegada victoriosa a la costa peruana con sus banderas libertarias. La otra es que la revolución peruana que entonces tenía su primer pronunciamiento se fijó como ruta para alcanzar la victoria sobre las poderosas fuerzas del Virrey del Perú, el operar en estrecha conjunción con las fuerzas de la revolución argentina. En 1811, fue pues, el pueblo de Tacna con su caudillo y prócer don Francisco Antonio de Zela, el que con su actitud fijó el rumbo preciso para seguir la revolución peruana para alcanzar el triunfo definitivo. Años más tarde, el genio de don José de San Martín captaría esas realidades y llevaría a la revolución argentina, por el camino del Perú, para conseguir el triunfo definitivo, definiendo así los destinos trascendentes de la revolución americana.

Otro hecho que conviene destacar es el sentido social y popular que tuvo el movimiento de Tacna de 1811. Desmintiendo a los que dicen que la revolución de la independencia fue un movimiento burgués, de la élite social criolla, del que el verdadero pueblo estuvo alejado, el movimiento de Zela nos dice claramente que esta revolución tuvo una base profunda en la clase media, criolla y mestiza, así como en el pueblo indio y mestizo que empezó a sentir en su corazón, el sagrado sentimiento del amor a la patria. La participación de las principales familias criollas de Tacna, junto con las huestes de los caciques Ara y Copaja, dan a este movimiento rebelde un carácter indiscutible de unidad social ejemplar en la lucha por la liberación del Perú y por los derechos soberanos del pueblo. Está probado que el pueblo todo de Tacna, respondió favorablemente al gesto de los rebeldes, mandando desde diversos lugares de la región su contingente

de sangre que revistado por el caudillo en la memorable concentración de la pampa de Caramolle el domingo 23 de junio, destacándose entre ellos los contingentes de los pueblos de Tarata, Sama, Ilabaya y Candarave. También se mandaron propios a Arica, solicitándose la colaboración del Alcalde ordinario y Comandante interinos del puerto don Felipe Portocarrero, Pero Arica, no sólo no se plegó a la caudas de la Patria, sino que de ahí partieron las primeras fuerzas realistas a combatirla, al mando de Mariano Portocarrero, hijo del comandante de armas. Merece al respecto, destacarse el siguiente juicio del historiador don Rómulo Cúneo Vidal: “Hay que reconocer -dice- que el pueblo tacneño estaba preparado para la emancipación. Había ambiente para ello. Tacna siempre ha sido amante de la libertad, no así Arica, ya sea por rivalidad a la ciudad vecina o por conveniencia: se distinguía por “chapetona” y partidaria de la monarquía”.

También deseo destacar el hecho de que Tacna, fue el único lugar en la costa del Perú que se pronunció por la Patria hasta que llegó a nuestras playas la expedición libertadora comandada por el Generalísimo don José de San Martín. Sólo entonces ocurren los pronunciamientos de la costa norte, el de Lambayeque, Trujillo, Piura, Tumbes, entre otros. Pero antes de la llegada de San Martín, en Tacna, no sólo ocurrió el primer grito de libertad del 200 de junio de 1811, sino que, como sabemos, dos años más tarde, en los primeros días del mes de octubre de 1813, ocurre la rebelión acaudillada por los hermanos Paillardelle y el Alcalde del primer voto del Cabildo Constitucional, recientemente elegido, don Manuel Calderón de la Barca. Para demostrar el carácter popular y no de élite que también tuvo este segundo movimiento de Tacna, deseo transcribir parte del oficio dirigido por el sub delegado don Antonio Rivero y Aranibar al Intendente realista de Arequipa: “Se con toda evidencia -le decía- a quién y por quiénes son remitidos los papeles subversivos con que está inundando la plaza, y esto lo sabe el mismo Virrey del Reino, pues es tan grande el número de comprometidos en este negocio, que para corregir medianamente el mal sería preciso meter a la cárcel a medio Tacna”.

El espíritu patriota del pueblo tacneño no decayó en nada con los contrates sufridos por la revolución peruana entre los años 1814 y 1819. Lo mantuvo latente y lo demostró nuevamente cuando en mayo de 1821 San Martín,

que estaba convencido de la decisión libertaria del pueblo tacneño, envió la expedición al mando del entonces Comandante don Guillermo Miller que obtuvo el 22 de mayo de 1821 la espléndida victoria de Miranave, sobre las fuerzas realistas y se mantuvo victorioso en estos lugares durante dos meses, hasta que ante la presencia de fuerzas realistas inmensamente superiores enviadas por el Virrey La Serna, se vio obligado a embarcarse en Arica el 22 de julio de 1821, rumbo a Pisco. Pero ya por entonces estaba próxima la proclamación de la independencia, así como el término de la guerra emancipadora.

Señores: haciendo justicia al sacrificio heroico del pueblo tacneño durante la gesta emancipadora, los próceres de nuestra independencia reunidos en el primer Congreso Constituyente dieron el decreto (19 de enero de 1823) por el que “constando -dice- que fue el primer pueblo del Bajo Perú que en medio de riesgos inminentes dio el grito sagrado en 1811 con extraordinario entusiasmo” concedieron al pueblo de Tacna el título de Villa. Posteriormente gobernando el Perú el presidente el Mariscal José de la Mar, el Congreso de la República dio en 1828 otra ley por la que, considerando “que la villa de Tacna -dice la ley- ha prestado servicios distinguidos a la causa de la independencia ...y que fue el primer pueblo de la República en que resonó el grito de libertad” decretó que “la villa de Tacna será denominada HEROICA CIUDAD”.

Con tan hermosos títulos de heráldica cívica se desarrolla la vida de Tacna en los primeros decenios de la República mereciendo la atención de todos sus gobernantes, principalmente del Mariscal Ramón Castilla y del Coronel José Balta. El Coronel Balta además de preocuparse por dar agua a las tierras de Tacna, dispuso la construcción de un ferrocarril de Tacna a la frontera con Bolivia, además de iniciar la construcción de la Catedral y de la hermosa pila de nuestra Plaza de Armas. Pero el creciente progreso de Tacna fue bruscamente detenido por el peso de la invasión enemiga que la mantuvo alejada de la patria por casi cincuenta años. Se inicia entonces la sacrificada etapa del cautiverio que muchos consideran fue etapa del infortunio y de la infamia para nuestro pueblo, pero yo considero que es la etapa del heroísmo de nuestro pueblo que le permitió escribir con letras de acero su lucha por la Patria en las páginas de nuestra historia republicana. El pueblo tacneño demostró entonces que era digno del sacrificio de su prócer que en 1811, le señaló el camino de ser

peruanos y de ser libres. Demostró también que tenía el patriotismo y el honor suficiente para que su ciudad siguiera contando con el orgullo el título de HEROICA, al conseguir después de casi medio siglo de una lucha tremendamente desigual, regresar al seno de la Patria, para seguir ostentando el orgullo de ser peruanos, de acuerdo al mandato de su prócer que hoy en el bronce en esta hermosa plaza, debida al esfuerzo de nuestro dinámico Alcalde don Humberto Cúneo Bacigalupo, recuerda a quienes pasen por aquí, que el 20 de junio de 1811 se dio en este suelo sagrado, el primer grito por la libertad e independencia del Perú.

DISCURSO

**PRONUNCIADO POR EL MIEMBRO Y SECRETARIO GENERAL
DE LA COMISIÓN NACIONAL DEL SESQUICENTENARIO DE LA
INDEPENDENCIA DEL PERÚ**

DR- GUSTAVO PONS MUZZO

EN LA CIUDAD DE LIMA EL 24 DE MAYO DE 1972

**EN LA CEREMONIA ORGANIZADA POR LA COMISIÓN
NACIONAL DEL SESQUICENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA
DEL PERÚ, PARA CONMEMORAR EL**

SESQUICENTENARIO DE LA BATALLA DE PICHINCHA

1822 – 24 DE MAYO – 1972

LIMA – 1972

Señor General de División don Ernesto Montagne Sánchez,

Primer Ministro y Ministro de Guerra

Señores representantes de los Ministros de Estado

Excelentísimos señores Embajadores de Argentina y Ecuador

Señor General, Presidente de la Comisión Nacional del Sesquicentenario

Señor Teniente Alcalde de Lima y Señor Alcalde del Consejo Distrital de Jesús María

Distinguidas autoridades

Señoras y señores:

Tengo el honor de traer a esta solemne ceremonia, la palabra de la Comisión Nacional del Sesquicentenario que tan digna y competentemente preside el Señor General de División don Juan Mendoza Rodríguez, empeñada por mandato de la Ley desde hace algo más de dos años, en conmemorar dignamente el sesquicentenario de nuestra independencia, forjada con el pensamiento, el esfuerzo y la sangre del pueblo peruano en todas sus clases sociales y proclamada por el Libertador Generalísimo don José de San Martín desde la plaza de Armas de Lima el 28 de julio de 1821 y consolidada en los campos de la Quinua, en Ayacucho por el ejército unido libertador el 9 de diciembre de 1824, bajo la inspiración del Libertador don Simón Bolívar. Es en este lapso, jalonado de hechos heroicos que se produce la conjunción de los esfuerzos libertadores de los pueblos del Continente, habiendo sido el que inició esta hermosa unidad, el acontecimiento que hoy celebramos.

Hace ciento cincuenta años, el primer anuncio que tuvo el gobierno del Perú de tan espléndida victoria fue la siguiente comunicación enviada por el General Antonio José de Sucre, desde Quito, el 25 de Mayo de 1822, al Ministro de Estado del Perú, don Bernardo Monteagudo y que decía lo siguiente:

“Señor Ministro, La victoria esperó ayer a la división libertadora con los laureles del triunfo en las faldas del Pichincha. El ejército español que oprimía estas provincias ha sido completamente destruido en un combate encarnizado, sostenido por tres horas. En consecuencia, esta capital y sus fuertes están en nuestras manos después de una capitulación que tuvimos la generosidad de

conceder a los vencidos. Por ella debe sernos entregada como prisionera la guarnición de pasto y cuantas tropas españolas existen en el territorio de la República que conservan aun en el Departamento. A la vista del primer pueblo de Colombia que proclamó su libertad (Quito), ha terminado la guerra de Colombia por una batalla célebre que ha dado a la República el tercer día de Boyacá". Monteagudo a su vez contestaba: "Venciendo V.E. al ejército en las faldas del monte Pichincha, ha escrito en ellas las últimas palabras que faltaban al decreto de la emancipación de Colombia ... Quito debía ser libre, pero su libertad estaba reservada al esfuerzo unido de los colombianos, peruanos y argentinos que desde las inmensas distancias que los separan, han ido a buscar la victoria al Ecuador".

En los documentos que hemos leído, los protagonistas de estos hechos han precisado con claridad meridiana los alcances de esta victoria: por ella se daba por terminada la Guerra de la Independencia en la Gran Colombia, se consumaba la libertad del Ecuador, que pocos años más tarde por libre determinación de sus habitantes constituiría un estado independiente; se eliminaba el serio obstáculo -la resistencia en Pasto- que durante varios años había impedido la marcha victoriosa de los ejércitos libertadores del norte hacia Quito, Guayaquil y el Perú, y se operaba por primera vez, la conjunción de los esfuerzos libertadores del continente en el punto cero de las latitudes. Permítame tan distinguido e ilustrado auditorio que por necesidades mismas de la exaltación del acontecimiento que celebramos, haga un breve recuerdo de las acciones que tuvieron por feliz resultado la victoria de Pichincha, remontándome tan sólo al momento en que el Libertador Bolívar, en junio de 1819, parte desde los llanos del Orinoco en dirección a Nueva Granada, dejando el norte de Venezuela a la antigua Audiencia de Bogotá. De aquí procede el inicio de la tenaz resistencia que tuvo que afrontar el ejército libertador en su marcha hacia Quito y Guayaquil para completar la independencia de la Gran Colombia. Los derrotados en Boyacá se dirigieron hacia el sur a ocupar posiciones tradicionalmente realistas y ayudados eficazmente desde Quito por el Capitán General don Melchor Aymerich hicieron fuertes en las provincias de Pasto y Patía y disputaron tenazmente el dominio de Popayán y del alto Cauca. A su vez Aymerich se encontraba ayudado por el Virrey del Perú don Joaquín de la Pezuela. Ante esta resistencia que se formaba en el sur, el General Santander,

por orden de Bolívar dispuso lo conveniente para atacar esos lugares, teniendo Quito como objetivo. El General patriota don Manuel Valdez, fue designado jefe en estas operaciones. Los años 1821 y 1822 fueron de lucha tenaz y sangrienta en que los fieros y fanáticos habitantes de esas regiones inhóspitas del nudo de Pasto y las quebradas de los ríos Guáitara y Juanambú, pusieron un barrera infranqueable contra la que se estrellaron los más aguerridos, denodados y heroicos esfuerzos de los ejércitos libertadores del Norte. Solamente la eficaz ayuda del Sur los sacaría de esa situación insoluta.

En la realización de este plan imprevisto de conjunción de esfuerzos y voluntades que dio maravillosa unidad al movimiento emancipador sudamericano, la llegada al Perú de la Expedición Libertadora comandada por el Generalísimo don José de San Martín, la posterior ocupación del valle de Huaura y el dominio del Pacífico por la Escuadra Libertadora, fueron consecuencias muy provechosas para la continuación de la interrumpida marcha victoriosa de los ejércitos libertadores hacia Quito y Guayaquil. Bajo la influencia de la expedición libertadora sanmartiniana, el 9 de octubre de 1820, el pueblo de Guayaquil proclamó su independencia. Tan importantes acontecimientos dieron como primer resultado el aislamiento de las fuerzas realistas de Popayán, Pasto y Quito, privándolas de la ayuda del Virrey del Perú. Pero Guayaquil, a su vez, tuvo que afrontar inicialmente la hostilidad de las fuerzas realistas que al mando del Capitán General Aymerich las amagaban desde Quito y las que al mando del Coronel Francisco González las hostilizaban desde la aislada posición realista de Cuenca. Las fuerzas libertadoras del Perú se sentían impotentes para acudir en auxilio de Guayaquil porque respetaban la ajena jurisdicción en que se encontraba.

La situación de Guayaquil la supo aprovechar Bolívar. Con un punto de apoyo en el Pacífico, resolvió atacar Quito por el norte y por el sur. Escoge a uno de sus más jóvenes y brillantes generales de su estado mayor, que a la vez que gran estratega era hábil diplomático, el General don Antonio José de Sucre, predestinado a ganar la primera y la última batalla de los ejércitos unidos de América del Sur. Sucre embarcó en el puerto de Buenaventura con algo más de mil hombres en abril de 1821 y a principios de mayo llegaba a Guayaquil, lugar que se presenta por la fuerza de los acontecimientos, como punto inicial de conjunción de las fuerzas libertadoras continentales y posterior

lugar de reunión de los dos genios de la revolución sudamericana. Pero Guayaquil a la vez que punto de reunión y solidaridad, pretendió inicialmente convertirse en motivo latente de discordia entre el Perú y la Gran Colombia, más la sabiduría de su pueblo y la altura moral de los líderes de la revolución, hizo que Guayaquil mantuviera su derecho a la libre determinación, por lo que se luchaba en la revolución americana. Conveniente es decir que la intervención militar sanmartiniana-peruana, en nada afectó este irrenunciable derecho del pueblo hermano. El Perú desde entonces sostuvo lo que ha sido norma invariable de su política internacional: el principio de la no intervención en asuntos internos de otros estados.

La primera comunicación de Sucre a San Martín solicitando ayuda, lleva fecha 13 de mayo de 1821. Le pide que un batallón que sabía se estaba formando Piura, lo mandara en su auxilio invadiendo Loja en dirección a Cuenca; en reciprocidad ofrecía la colaboración colombiana una vez obtenida la victoria sobre los realistas de Quito. El 12 de junio le reitera el pedido. Esta vez lo hace conjuntamente con la Junta de Gobierno de Guayaquil:

“La identidad de nuestra causa -le dice en esta comunicación- me anima a proponer a V.E. estos medios que V.E. concentrará en favor de los intereses recíprocos de América”. Le reitera el ofrecimiento de colaboración en la campaña del Perú, una vez tomada Quito. Pero San Martín tenía por entonces el problema de la “batalla blanca” por la posesión de Lima y el General Arenales se encontraba en el inicio de su segunda expedición a la sierra, por lo que la ayuda solicitada tuvo que posponerse. Ante la situación difícil por la que atravesaba Guayaquil, con fecha 19 de agosto, la Junta de Gobierno insiste ante San Martín en la tan ansiada ayuda. “Si V.E. no acelera los refuerzos que con tanta insistencia hemos pedido -le dice- la provincia está perdida. 500 hombres cuando menos deben volar en nuestro auxilio, bien para obrar por Piura contra Cuenca, bien directamente sobre esta provincia y en igual caso es conveniente, es indispensable, que vengan 200 o más hombres de caballería y principalmente 1,000 fusiles”. Era que Aymerich había emprendido campaña contra Guayaquil conjuntamente con fuerzas salidas de Cuenca. Afortunadamente, el mismo 19 de agosto que la Junta de Guayaquil cursaba tan apremiante pedido, el General Sucre obtenía cerca de Guayaquil la espléndida victoria en Yaguachi, derrotando a las fuerzas salidas de Cuenca al mando del Coronel Francisco González.

Aymerich, duramente afectado por este revés, emprendió rápido repliegue hacia el norte, abandonando sus parques y bagajes y dejando en su ruta numerosos dispersos y rezagados que dieron a su retirada todas las características de una derrota. Estimulado el ejército independiente por este primer triunfo, reorganizó sus unidades y emprendió campaña hacia el N.E. con el objeto de cortar su retirada hacia Quito. El nuevo encuentro tuvo lugar el día 12 de setiembre cerca de Huachi, en los llanos de Ambato, y esta vez la suerte le fue adversa a Sucre, cuyo ejército sufrió duro desastre. Pero el templo heroico de este joven general hizo que sobre los escombros de la derrota forjara los nuevos elementos para la victoria y con rapidez inquebrantable organizó nuevas fuerzas llamando al pueblo de Guayaquil a las armas. El jefe realista de Quito destacó sobre Guayaquil una poderosa columna al mando del Coronel Tolrá para acabar con las fuerzas independientes que las creía semidestruidas. Pero al comprobar su reorganización y buen estado no se arriesgó a un combate y propuso al jefe independiente un armisticio que negociado por ambos jefes, se firmó en Babahoyo el 19 de noviembre de 1821. Los realistas se retiraron a Riobamba y los independientes a Guayaquil.

Mientras tanto Bolívar después de la espléndida victoria de Carabobo, el 24 de junio que dio la independencia a Venezuela, se dirigió al Sur a tomar personalmente el mando de las fuerzas libertadoras que combatían en Popayán y Pasto. Pero al igual que sus antecesores, su indomable voluntad y su estrategia se estrellaron contra la fiera resistencia de los habitantes de esas regiones, fanatizados por el Obispo de Popayán Jiménez de Padilla. La guerra en el norte continuó, así, detenida, mientras que en el Sur, la situación de Sucre era sumamente aflictiva después del desastre de Ambato. Se renovaron a San Martín los pedidos de ayuda. El libertador del Sur comprendió la urgencia de aunar esfuerzos. Pasado el peligro que significó para Lima la expedición de Canterac y habiendo capitulado las fortalezas del Real Felipe en el Callao, dispuso la ayuda. El General don Juan Antonio Álvarez de Arenales después de su segunda expedición a la sierra había sido designado Presidente (Prefecto) del Departamento de Trujillo y a él le encargó San Martín organizarla división auxiliar, nombrándolo jefe de la misma, pero Arenales cedió su puesto al Coronel don Antonio de Santa Cruz. A principios de enero de 1822 la división auxiliar

estaba lista y las condiciones de la ayuda se pactaron en Piura entre el Coronel Santa Cruz y el Coronel Tomás Heras, delegado de Sucre.

La división auxiliar peruano-argentina estuvo formada por el batallón "Trujillo" N°2; el batallón "Piura" N°4; el escuadrón de Cazadores del Perú y un escuadrón de Granaderos a Caballo (argentino). El total de estas fuerzas alcanzaba a 1622 hombres aguerridos y competentes. Santa Cruz se puso en campaña de acuerdo al plan trazado, dirigiéndose por Macará, Cariamanga y Loja para concentrar sus tropas con las colombianas y guayaquileñas en el pueblo de Saraguro el 9 de febrero de 1822, lugar determinado por Sucre. La campaña se inició bajo los más brillantes y halagadores auspicios tomando la división peruana la vanguardia y apoderándose el ejército unido a los pocos días sin mayor combate, de las provincias de Loja y Cuenca. De Cuenca, el ejército unido se dirigió hacia Quito por los flancos occidentales de la cordillera, intentando los españoles cercarlos en Riobamba. Sucre mandó que el escuadrón argentino Granaderos a Caballo y el colombiano Dragones hicieran su reconocimiento y comprometieran el choque, pero el escuadrón Granaderos a Caballo se adelantó imprudentemente y de pronto se encontró sorpresivamente rodeado de tres escuadrones españoles. "Una retirada -dice el Comandante argentino Lavalle en su parte- hubiera ocasionado la pérdida del escuadrón y su deshonor y era el momento de probar en Colombia su coraje; mandé formar en batalla, poner sable en mano y los cargamos con confianza". El resultado fue el desbande de los escuadrones españoles que fueron a buscar el amparo de la infantería. El Coronel español Tolrá puesto a la cabeza de sus escuadrones ordeno nuevamente la carga. Cuando estuvieron a cien pasos de los Granaderos, estos por orden de Lavalle volvieron caras y en una segunda carga derrotaron completamente a los españoles. El General Sucre, en su comunicación al Ministro de Guerra y Marina del Perú rinde homenaje al escuadrón argentino al decir que "el bravo escuadrón de granaderos que se había adelantado se halló solo improvisadamente frente a toda la caballería española y tuvo la elegante osadía de cargarlos y dispersarlos con una intrepidez de que habrán raros ejemplos". El escuadrón argentino se componía de 96 hombres y la caballería española de más de 500. 50 Dragones de Colombia, colaboraron en la segunda carga y según el parte "se comportaron con bravura". Era el 21 de abril de 1822.

A la vez que Sucre iniciaba su marcha hacia el norte, el Libertador Bolívar desde Popayán y al frente de unos 3,000 hombres decidió emprender campaña hacia el Sur, dispuesto a destrozarse la porfiada resistencia de los habitantes de esas regiones. En su marcha hacia el Juanambú por terrenos sumamente hostiles y difíciles perdió cerca de 1,000 hombres. Le tocaba atravesar el temible río Guáitara, río que hasta entonces había sido la tumba de los ejércitos independientes. Al tratar de hacerlo se encontró frente al ejército realista fuerte de 2,000 hombres que le cerraba el paso al mando del coronel Basilio García, experto temible en la guerra en esa región. Los realistas estaban colocados entre las faldas del volcán Pasto y el mencionado río, posiciones que los estrategas militares han calificado de inexpugnables. Bolívar a pesar de todo decidió dar la batalla con su ejército formado en el llano de Bomboná. Era el 7 de abril de 1822. La batalla de Bomboná fue terrible y está considerada como una de las más sangrientamente disputadas en esta guerra, por la elevada cifra de muertos y heridos de ambos bandos. Se luchó porfiadamente durante todo el día sin resultado positivo para ninguno de los combatientes. Solamente la caída de la noche pudo darla por terminada. Al amanecer del día siguiente los restos del ejército realista habían abandonado el campo, pero Bolívar no estaba en condiciones de seguir adelante y dispuso su retirada a Popayán. Afortunadamente la victoria de Riobamba primero y la de Pichincha después lo vinieron a sacar de la tan aflictiva situación.

Efectivamente después del combate de Riobamba el ejército realista continuó su retirada hacia Quito seguido de cerca por el ejército unido que había recibido una ayuda de 500 hombres enviada por Bolívar al mando del Coronel José María de Córdova. Desde mediados de mayo ambos ejércitos se encontraban persiguiéndose uno a otro, procurando Sucre dar la batalla y los realistas esquivarlas hasta llegar a Quito. Así llegaron a las inmediaciones de la ciudad con el volcán Pichincha al frente. Del 21 al 23 los ejércitos se encontraron casi a la vista y la batalla se hacía inminente. Para tomar mejores posiciones y evitar una anunciada ayuda de Pasto, Sucre y Santa Cruz decidieron bordear el Pichincha y tomar posiciones por el Norte. La operación se realizó en la noche del 23 al 24 de mayo. Al amanecer el nuevo día de gloria para la causa americana, el ejército unido con el batallón "Trujillo" a la cabeza trataba de llegar a la cumbre, mientras los realistas, informados de la maniobra patriótica,

realizaban la misma operación por el lado opuesto. Eran las 9.30 de la mañana cuando se rompieron los fuegos durando la acción cerca de tres horas. El último esfuerzo de los realistas fue contenido por el Batallón “Albión” formado en su mayoría por ingleses. A las doce del día 24 de mayo de 1822, hace exactamente ciento cincuenta años, la batalla estaba ganada por el ejército unido libertador y los restos del ejército realista se refugiaban en la ciudad de Quito y en sus fuertes. El general Sucre intimó inmediatamente a la rendición de la ciudad. Al día siguiente se firmó la capitulación estando comprendida en ella las tropas realistas que se encontraban entre Quito y Pasto. Consecuencia inmediata de esta victoria fue la capitulación de la rebelde ciudad de Pasto, el 8 de junio, ante el propio Bolívar, accediendo el libertador a las exigencias de los pastusos y el obispo de Popayán. Recién entonces pudo el libertador Bolívar continuar su ininterrumpida marcha hacia el Sur, entrando en triunfo a Quito el 16 de junio. En su comunicación que el día 18 enviara al Coronel Santa Cruz, desde esa ciudad, junto con la ley que disponía honores a la división peruano-argentina y a su jefe, le decía: “Sírvese Ud. recibirla como el testimonio más sincero de lo que debe Colombia a los primeros hijos del Perú, que han unido sus banderas a las de la República. Suplico a Ud. se sirva transmitir los sentimientos de admiración y aprecio que me han inspirado los jefes, oficiales y tropa de los batallones Trujillo y Piura y los escuadrones de cazadores y granaderos montados que tan gloriosamente sellaron con su sangre la libertad de Quito y la paz de Colombia”. A Santa Cruz le concedió el grado de General de Brigada de los ejércitos de Colombia, otorgándole a él, así como a los demás jefes y oficiales una medalla de oro, y una de plata a los sargentos, cabos y tropa con la inscripción “Libertador de Quito en Pichincha” y por el reverso “Gratitud de Colombia a la división del Perú”, reconociéndolos a todos sus integrantes como ciudadanos beneméritos de Colombia. El gobierno del Perú por su parte ascendió a Santa Cruz a General de Brigada, así como también concedió ascensos a los demás jefes y oficiales, otorgándoles una medalla recordatoria a todos los integrantes de la división peruano argentina. Finalmente, el Primer Congreso Peruano otorgó a Santa Cruz una de las tres “Medallas al Mérito” que creó para honrar a tres patriotas eminentes por sus servicios a la independencia nacional. Las otras dos medallas fueron otorgadas al Marques de Torre Tagle y a don José de la Riva Agüero, dos

peruanos ilustres a quienes la patria les debe el homenaje de que sus restos reposen en el Panteón de los Próceres.

Señores: los hechos de armas de la guerra emancipadora como el que hoy conmemoramos son la expresión material y final de un largo proceso de preparación espiritual de nuestro pueblo que se inicia en la etapa precursora cuando surge en la conciencia de los habitantes del Perú y de América, el concepto de patria y la decisión de luchar por los ideales de libertad, independencia y soberanía en pos de una vida mejor. La consecuencia final de la guerra emancipadora fue el surgimiento de la patria peruana y de las demás patrias americanas que se incorporan a la vida universal con el ideal de ser estados libres y soberanos. Ciento cincuenta años después cabe preguntar si se ha cumplido estos ideales por los cuales lucharon los precursores, los próceres, los libertadores y el pueblo en general. O cabe preguntar si estos hombres geniales y patriotas se equivocaron cuando proclamaron la vigencia de los derechos naturales del hombre, la soberanía nacional y la soberanía popular, la solidaridad americana para resolver sus grandes problemas, el derecho a la libre determinación de los pueblos, el derecho a una vida mejor. ¿Fue en vano la generosa sangre derramada por el pueblo del Perú y de América en defensa de estos principios e ideales de vida?. Indudablemente la respuesta sin ser negativa no es satisfactoria. ¿Por qué los tenemos en el bronce y les rendimos homenaje cada vez que se conmemora algún aniversario más de sus acciones heroicas o de sus vidas? Indudablemente que la patria esta agradecida. Indudablemente que ellos no se equivocaron. Ellos lucharon por la patria soberana, por las libertades y soberanía de sus ciudadanos: lucharon por su felicidad, lucharon por América. Pero debemos decir que lustros después de terminada la guerra emancipadora, estos pueblos, unos más y otros menos, volvieron la espalda al mensaje de sus próceres y libertadores y olvidaron el esfuerzo de su pueblo. Se quebró el principio de solidaridad; guerras de conquista surgieron entre ellos; la anarquía desgastó esfuerzos y voluntades, gobiernos despóticos olvidaron los sagrados derechos de los pueblos dirigiendo su acción gubernativa en busca del bien de los menos, en detrimento de los más. Creo sinceramente que el mejor homenaje que podemos rendir a su memoria es decir que no se equivocaron; es retomar el mensaje que ellos nos dejaron

luchando por la patria y por una vida mejor para todos nosotros, dentro del sagrado ideal de la solidaridad americana.

Para un mejor y justo conocimiento de los hechos de la independencia nacional, es que la Comisión Nacional del Sesquicentenario, por mandato de la ley, está empeñada en la publicación de la Colección Documental de la Independencia del Perú, que ampliada hasta 1824 sobrepasará los 80 volúmenes, para que nuestros estudiosos y el pueblo todo tengan a la mano la principal documentación que permita una correcta y cierta visión histórica de nuestro proceso emancipador, historia que no la queremos al servicio de nadie en particular sino al servicio del pueblo y de la patria, como la quiso el Inca Garcilaso de la Vega, el primer peruano que escribió una historia del Perú, y como nos dice en sus "Comentarios Reales" la escribe, dice, para dar a conocer al mundo el Perú "nuestra Patria". Nosotros queremos que nuestra historia se estudie con serenidad y con veracidad, no sólo para que el mundo conozca el importante proceso histórico del Perú, sino para que nuestra historia sea el sustento espiritual del patriotismo, y nos sirva para conocer e interpretar mejor nuestro desarrollo histórico, como nación y como Estado, esto es, repito, para ponerla al servicio del pueblo y de la patria.